

Presentación

La presente entrega de *Historiografías*, que hace la número 18, vuelve a ser una combinación de estudios de teoría de la historiografía, investigaciones sobre las memorias y los usos públicos del pasado e historia de los escritos históricos. Una vez más nos podemos ratificar en la idea fundacional de que solo una concepción amplia, colaborativa y que no marque unos límites estrictos –ya sea en forma de áreas académicas, disciplinas o especialidades– entre todos estos ámbitos puede rendir alguna utilidad a quienes se dedican o se interesan por los estudios históricos.

Los artículos que presentamos lo muestran. No creemos que haya perdido vigencia la tesis recogida en el Manifiesto editorial de que nos encontramos ante un terreno abierto o sin fronteras. Ciertamente, para que esta idea pueda llevarse a buen puerto, se necesita espíritu innovador, esto es, nuevas y variadas fuentes, búsqueda de conceptos y teorías, interpretaciones cada vez más elaboradas, así como una rotunda profundización en el propio conocimiento del pasado. Estos requisitos pueden parecer una obviedad que no necesita mencionarse, pero en una revista como *Historiografías*, que abre sus páginas a toda clase de estudios sobre cómo se investiga, se escribe, se reflexiona, se comunica y se viene representando lo histórico, tales consideraciones no son ociosas.

Desde nuestro punto de vista, la llamada “teoría de la historiografía” o “historical theory” hablando estrictamente no puede separarse de la historia de la historiografía, pese a lo que ciertos autores argumentan. Aquella, incluso la que se ocupa de los aspectos formales de la teoría en su aplicación a los estudios históricos (con temas como las categorías del historiador, cómo operan los conceptos en el análisis histórico o qué papel juegan las narrativas), tiene su propia historia. Esta, en unos casos, se refiere a debates y a escritos sobre esos temas que se difundieron a partir del siglo XIX. Pero también tiene otra historia más lejana que se remonta hasta los tratados y comentarios sobre el *Ars historica* que autores grecolatinos y medievales, así como humanistas e Ilustrados de los siglos modernos, publicaron o de los que se hicieron eco. Imposible, por lo tanto, hacer de esa “historical theory” un terreno útil sin contar con esos autores y escritos o visitarlos en algún momento.

Del mismo modo los estudios de historia de la historiografía han ido separándose de la concepción que los restringía a una “historia de los escritos históricos”, tal y como ocurría en los siglos XIX y XX hasta las décadas de 1960 y 1970. Hoy, además de acoger el asunto de la institucionalización de los estudios históricos, tales investigaciones también incluyen el tema de las representaciones del espacio y del tiempo, los usos del pasado, la historia pública y la cultura histórica. Y es que las investigaciones en historia de la historiografía no han permanecido ajenas a fenómenos que se vienen produciendo desde los años 1980 para acá, como son el desarrollo de las memorias y del uso público de lo histórico o, si se quiere, la ampliación y diversificación de cultura histórica que viene produciéndose entre los ciudadanos de todos los continentes. El que la atención al pasado hoy ya no se pueda considerar en absoluto patrimonio de los historiadores –sino algo que también atañe a asociaciones, instituciones, estudiosos de numerosas especialidades académicas, medios de comunicación, creadores culturales, etc.– ha provocado un cambio en los propios

estudios de historia de la historiografía. Los teóricos o filósofos de la historia no deberían desentenderse de él, salvo que quieran abocar sus trabajos a la irrelevancia.

Los textos que componen este número reflejan esa tesitura de ampliación, cambio e interrelación entre la teoría y la historia de la historiografía, que hace de terreno abonado para los estudios históricos.

El primero de los artículos que presentamos –apartado “Historia y teoría”–, “Magia, sacralidad y realeza. Un balance sobre un hito historiográfico: *Les rois thaumaturges* de Marc Bloch”, del que es autora la profesora de la Universidad de Santiago de Compostela, Mar Llinares-García, nos sitúa en la figura y obra de este famoso historiador francés.

A Bloch se le considera un estudioso precursor, pionero y/o fundador de ámbitos tan diversos como la “histoire des mentalités”, la “histoire du temps présent” y la “comparative history”. Su obra, conocedora de la historiografía alemana de la época de entreguerras y profundamente influida por el multifacético movimiento de la “Sinthèse”, los estudios de historia económica y sus propios avatares biográficos, se ubica en unas décadas que han sido punto de inflexión en los modernos estudios medievalistas, esto es, que han contemplado el paso de la historia institucional a la historia socioeconómica y cultural. De ahí el carácter poliédrico, ambivalente y siempre sugerente que tienen los estudios “blochianos” por encima de las especialidades habituales.

En su artículo la profesora Llinares-García, quien es especialista en teoría de la arqueología, relaciona el famoso texto *Los reyes taumaturgos* (1924) con la tradición de los estudios antropológicos, y en particular con los primeros autores que han examinado los orígenes y funcionalidad de los símbolos del poder político. Para la autora, la historia de las mentalidades, de la que Bloch es un cumplido inspirador, debe formar parte de las tradiciones que han conducido al nacimiento de aquellos estudios. En este artículo el lector encontrará un repaso por las referencias y lecturas de antropología que ayudaron a Bloch a componer esa obra, desde Emile Durkheim (uno de los temas preferidos de este fue, como se sabe, el papel de las religiones en las sociedades primitivas), hasta Lucien Levy-Brühl y, sobre todo, Sir James G. Frazer con su clásico *La rama dorada: un estudio sobre lo mágico y la religión* (1890), este último una de las vías que conducen a la moderna antropología.

Los artículos que vienen a continuación en el apartado de Historia y teoría nos llevan al ámbito de los usos del pasado, con títulos perfectamente explícitos: el de Alberto Venegas García, de la Universidad de Murcia, “El videojuego histórico como memoria literal y memoria ejemplar”, el de Aitor Bolaños de Miguel, de la Universidad Internacional de La Rioja, “Las representaciones historiográficas postmodernas: *Maus* y la novela gráfica sobre el Holocausto”, y el de Jorge Garcés González, de la Universidad de Zaragoza, “Guerras de memoria en Francia y su uso político por Nicolas Sarkozy”.

Los llamados usos del pasado se hallan estrechamente asociados al actual auge del estudio de historia del presente o de los siglos XX y XXI. Lo están aproximadamente desde la década de 1980, cuando aparece en el terreno político y cultural el fenómeno de las memorias o recuerdos públicos. La diversificación de la

historia cultural, que se consolida también en ese decenio, tampoco es ajena a esa irrupción del tema del pasado y su presencia en la escena pública. De hecho, el estudio de las memorias se viene acompañando del examen de soportes culturales cada vez más variados: primero fue la prensa, el cine y la televisión, luego han sido los museos, los monumentos y la literatura, y hoy ese interés historiográfico se extiende también a la red, los juegos de ordenador y los comics. Es más, esta atención a los usos públicos y/o a los soportes que difunden el recuerdo ha permitido detectar con claridad dos interesantes rasgos de su creciente democratización: primero, que, junto a las memorias traumáticas, que han aflorado debido a las guerras y genocidios del siglo XX, se viene desarrollando igualmente un uso que tiene como propósito el juego, lo lúdico, que hace del pasado un “país extraño” y lo despolitiza. Así que los actuales productos culturales, con su capacidad de divulgación, pueden difuminar las diferencias entre los usos lúdicos y los, llamémosle, serios; pero –y este sería el segundo de los rasgos– también se viene demostrando esto no siempre ha de ser así.

El artículo de Alberto Venegas permite observar el primer aspecto. Con la diferencia de Tzevan Todorov entre memoria literal y memoria ejemplar, el autor estudia cómo el mundo del videojuego de contenido histórico, pese a su carácter radicalmente comercial, puede albergar al mismo tiempo esas dos maneras de evocar el pasado: la lúdica y la basada en lo traumático; o, de otro modo dicho, es capaz de borrar la diferencia de origen entre ambas. En el artículo de Venegas el lector hallará un ejemplo de videojuego extremadamente exitoso, influido por géneros cinematográficos clásicos, como el western, y por mitos de la memoria popular estadounidense tales como la frontera, junto a otro ejemplo influido por el recuerdo traumático, e igualmente exitoso. El objetivo de este último videojuego, que está inspirado en el asedio a la ciudad de Sarajevo durante la Guerra de Bosnia (1992-1994), es, subraya el autor, mostrar “cómo un conflicto armado puede cambiar la vida de un civil”.

El estudio de Aitor Bolaños, en cambio, muestra que el soporte basado en el consumo de masas no siempre trivializa el contenido que acoge. El autor se detiene aquí en el comic como soporte de las representaciones del Holocausto y en concreto en *Maus*, una conocida novela gráfica que el historietista norteamericano Art Spiegelman publicó en la segunda mitad de la década de 1980. A través de ella, el profesor Bolaños hace una radiografía de lo que llama las formas “postmodernas” de representar el Holocausto. Demuestra que es posible contarlos a través de esta vía sin trivializarlos, y que aquellas también permiten verlo en su complejidad sin caer en una mera “actitud estética”.

El trabajo de Jorge Garcés, con el que se cierra Historia y teoría, nos conduce a un fenómeno en el que las memorias o representaciones traumáticas se muestra hoy en toda su dimensión política: lo que los autores franceses vienen llamando las “guerres de mémoire”. El contexto de este estudio lo proporciona la institucionalización de las memorias y debates políticos que ha tenido lugar en ese país en las tres últimas décadas a raíz de los resultados de la descolonización y de la influencia de los llamados estudios postcoloniales. En él el lector hallará una aproximación a los debates memoriales que tuvieron lugar durante la presidencia de Nicolas Sarkozy (2007-2012), a través del estudio detenido de dos episodios dotados de una fuerte carga simbólica: la relectura u homenaje que recibió la figura del joven militante comunista Guy Môquet, asesinado por las autoridades de Vichy en 1941, y el uso de la Guerra de Argelia –todavía a

comienzos del siglo XXI tema histórico despreciado por las autoridades francesas—, ambos objeto de rememoración con motivo de la campaña presidencial de 2007.

El apartado “Varia historiográfica” ofrece en esta entrega dos interesantes trabajos. El primero es el estudio de José Ángel Salgado Loureiro, de la Universidad de Santiago de Compostela, “La *Crónica abreviada* de don Juan Manuel en la historia post-alfonsí”; y el segundo, una entrevista realizada por profesor Daniel Ovalle Pastén de la Universidad chilena Andrés Bello al especialista español en el ámbito de la llamada “historia de los conceptos”, el profesor de la Universidad del País Vasco Javier Fernández Sebastián.

El artículo de Salgado Loureiro nos lleva al género cronístico, probablemente la forma de escritura de la historia por excelencia de los siglos medievales y tradición que llega hasta los siglos XVI y XVII. El trabajo se centra en la llamada *Crónica abreviada* del escritor y aristócrata del cuatrocientos, don Juan Manuel, que los estudiosos consideran uno de los productos del texto-matriz *La Estoria de España* compuesto o iniciado bajo la supervisión de los reyes castellanos en las últimas décadas del siglo XIII, el rey Alfonso X el primero de ellos. La obra, que inaugura en España el género de las crónicas monárquicas generales, viene suscitando la curiosidad de los eruditos desde el siglo XIX al menos, pero solo en tiempos recientes ha pasado al terreno de los estudiosos de la historiografía. En el artículo de Salgado el lector hallará un estudio de los rasgos políticos del texto de don Juan Manuel, de sus influencias aristocráticas y monárquicas, de sus claves narrativas, un estudio que —y esto queremos subrayarlo— solo llega a buen destino gracias a la comparación y al examen minucioso de otras crónicas cercanas.

El último de los trabajos del número lo pone la entrevista al profesor Javier Fernández Sebastián. En ella el entrevistado habla de la actual tesitura por la que atraviesa su especialidad, la historia conceptual, hace un repaso por sus amplios intereses en materia de historiografía, expone cómo tuvo lugar su descubrimiento de la teoría y subraya su importancia. En sus comentarios sobre la situación de estos estudios en España, sin embargo, tenemos que discrepar de la pesimista valoración que hace, que, creemos, está falta de actualización. Por el contrario, *Historiografías*, revista de historia y teoría, que va para casi diez años que se fundó, viene mostrando un panorama mucho más optimista. Tal radiografía revela, pensamos, que la investigación en materia de historiografía y teoría hace tiempo que se ha instalado entre los historiadores españoles.

Gonzalo Pasamar